



*la Ira  
y la  
Serenidad*

# *la Ira y la Serenidad*



ASOCIACIÓN GEOFILOSÓFICA DE ESTUDIOS  
ANTROPOLÓGICOS Y CULTURALES



in lugar a dudas, que de entre los siete pecados capitales que todo homúnculo lleva dentro, sobresalen por su ferocidad, cinismo y barbaridad los siguientes: **la Ira, el Orgullo y la Lujuria**. Podríamos decir, sin temor a equivocarnos, que normalmente el ente humano está cotidianamente manejado por estas tres furias a lo largo de su vida.

Esto las convierte entonces en surtidores de energía maléfica para las otras lacras que constituyen la psicología atrofiada del *homo sapiens sapiens*.

Ocupémonos hoy de la **Ira**. Este defecto psicológico ha protagonizado a lo largo de la historia de la humanidad verdaderas catástrofes en todos sus ámbitos, sin importar las épocas, ni las latitudes, ni las lenguas, ni las razas que sobre este mundo han existido.

Diríamos, apelando a las Sagradas Escrituras, que la primera manifestación de la **Ira** desbocada de la que se tiene noticias la hallamos en la muerte de Abel a manos del Caín bíblico. Este último mató, se dice, a su propio hermano con una mandíbula de burro con el propósito de poner fuera de juego a su aparente competidor a los ojos de Dios. Ya sabemos que Abel representa arquetípicamente a la Esencia humana y Caín simboliza a la mente, de allí que Abel fuera agricultor y pastor y Caín fuera cazador.

No hay duda de que a la Esencia espiritual le agrada la agricultura celeste –o Alquimia– y le gusta pastorear sus ovejas, compartir el camino con otras almas. En cambio Caín es la mente, que siempre anduvo cazando bienes materiales o espirituales, posiciones, posesiones, riquezas, etc., etc., etc. A la mente siempre se la ha alegorizado con un burro y por tal motivo el instrumento utilizado por Caín es justamente una mandíbula de este animal.

La Biblia nos dice que a partir de allí se desató el mal sobre la Creación y esto es innegable. Empero lo que no saben los pseudo-exége-

tas de las escrituras sagradas es que el Adán y la Eva bíblicos son una réplica en pequeño de todos los hombres y mujeres que poblaban la Tierra en tiempos de las tres primeras Razas de la antropogénesis mencionada por los pueblos antiguos.

Independientemente de todo lo concerniente a la caída angélica y la pérdida de todos los valores superiores de que estuvo dotada la humana criatura –en aquellos tiempos–, el apareamiento del Ego animal, con toda su pluralidad, comenzó a fomentar por doquiera, en toda la faz de la Tierra, las guerras y luchas que la historia ha registrado desde tiempos remotos, con las consabidas consecuencias materiales, morales y psíquicas que se han conocido. Este devenir histórico ha desembocado en nuestros días en esta Era de Tinieblas que atinadamente los indostanos llaman Kali-Yuga o Edad de Hierro.

Lo cierto es que la **Ira**, por ejemplo, en la mente, actúa siempre provocando maquiavelismos de toda especie, ya sea planificando muertes en aras del “patriotismo”, o creando arsenales con el propósito de estar preparados para cualquier “eventualidad”. No hay duda de que el miedo –otro defecto psicológico– y la búsqueda de seguridad, llevan a los señores de la guerra a producir conflagraciones mundiales como las guerras púnicas de la antigua Roma, las guerras de Aníbal, las guerras del Imperio Romano, las guerras de Gengis Khan, las guerras medievales, la Revolución Francesa, la Revolución Bolchevique, la Revolución Mexicana, la Primera Guerra Mundial, la Segunda Guerra Mundial y ya se habla de la posibilidad de una Tercera Guerra Mundial, después de la cual, según palabras de Einstein, volveremos a las guerras paleolíticas o neolíticas basadas en piedras, arcos y flechas...

La **Ira** en el centro intelectual siempre encuentra excusas dialécticas para manifestarse. De allí que de nada hayan servido los organismos creados por el humanoide intelectual de nuestros días, tales como la ONU –Organización de las Naciones Unidas–, la OEA –Organización de los Estados Americanos–, la OIEA –Organismo Internacional de la

Energía Atómica-, etc., etc., etc., porque a la larga los países se saltan todos los artículos de dichas instituciones y en un día son capaces de arremeter contra otros estados mediante toda su ingeniería bélica.

La **Ira** en nuestra mente se alimenta de recuerdos amargos, y con ellos fabrica venganzas de todo tipo. Siguiendo este hilo, los mercaderes de las llamadas artes marciales de nuestra época recomiendan en sus “gimnasios” toda clase de manuales de auto-defensa dizque para afrontar las situaciones del mundo actual.

El celuloide, para colmo, nos alimenta nuestra mente con filmes basados en crueldades desatadas en batallas campales de toda especie. Y luego vemos a muchas maquinitas humanas inscritas en escuelas de fisiculturismo con el pretexto de que hay que estar “en forma”, cuando en el fondo lo que se busca es estar listo para dar el “primer golpe”...

La **Ira** intelectual se manifiesta en nuestro verbo. Así entonces ocupamos la tribuna de los congresos, de los senados, desde tiempos inmemoriales, para arengar a las gentes y mandarlas a matarse los unos contra los otros. En nuestros días está haciéndose común la imagen que nos muestra a senadores o diputados, en diversas latitudes del orbe, liándose a puñetazos ante el asombro de las multitudes que siguen las deliberaciones parlamentarias, ya sea directamente en el lugar de los hechos o por los medios de comunicación. Esta es nuestra cacareada “civilización”.

La **Ira** intelectual fabrica nuevas armas de devastación masiva, bombas atómicas, armas químicas, misiles balísticos de corto y largo alcance, y por otra parte crea lugares infernales como los ya conocidos campos de concentración desarrollados durante al auge del Nazismo hitleriano. Asimismo, la **Ira** intelectual llega a ocasionarnos gravísimos problemas de salud como presión sanguínea alta, derrames cerebrales, accidentes cerebro-vasculares, tumores malignos, enfer-

medades del sistema nervioso, parálisis total o parcial de nuestros órganos o músculos, etc., etc., etc.

La **Ira** en el centro intelectual nos lleva, mediante la memoria, a acumular odios profundos de tipo irreconciliable que dividen a las familias, las fraternidades, las organizaciones de cualquier especie, ya sean sociales, profesionales, económicas, artísticas o espirituales. De esta suerte se habla de un Papa que bendijo las armas con las que los aliados iban a combatir a los nazis durante la Segunda Guerra Mundial. ¿Es esto un acto cristiano? Hay gentes que están tan saturadas de ira que llegan a decir a sus supuestos “enemigos”: “¡Esto que me has hecho me lo pagarás, ya sea en esta vida o en la próxima!”, con lo cual perpetúan sus estados violentos prefabricando desde ahora nuevas recurrencias en lo que llamamos Rueda del Samsara –rueda de nacimientos y muertes o rueda de las reencarnaciones de la que nos habla el hinduismo—. Por otra parte, los ojos de los poseídos por la **Ira** evidencian locura, pérdida total de la conciencia, estados de frenesí egoico animal.

La **Ira** en el centro intelectual es capaz de planificar complots que llevan, por ejemplo, a magnicidios. Recordemos el asesinato de Abraham Lincoln, John Fitzgerald Kennedy, Antonio José de Sucre –prócer suramericano–, Julio César –en la antigua Roma–, Martin Luther King –defensor de los derechos de la raza negra en los EE. UU.–, Mahatma Gandhi –liberador de la India–, etc., etc., etc. Hoy se ha puesto de moda el matar por encargo, y asistimos a asesinatos ejecutados por los llamados “sicarios”, personajes estos sin escrúpulos y sin alma que por un puñado de dólares matan a cualquier persona señalada por alguien lleno de **Ira**.

Metafísicamente, los estudiosos de la materia sabemos que la **Ira** produce un veneno que destruye en los seres humanos la maravillosa facultad de la clarividencia, y quedamos más y más inválidos ante la vida misma. El nombre esotérico de dicho veneno es IMPERIL.

La **Ira** en el centro intelectual es capaz de realizar verdaderos actos macabros, como el reciente caso mencionado por los medios de comunicación en España. Nos referimos a la muerte de dos niños a manos de su propio padre, enloquecido por la **Ira** a causa de que su esposa quiso separarse de él. Este sujeto primero durmió a sus dos hijos con sedantes y luego los incineró en un horno que él mismo preparó en forma casera. Todo esto fue movido por el resentimiento hacia su exmujer y madre a la vez de aquellos infantes. Tampoco podemos olvidar al famoso carnicero de Milwaukee, en los Estados Unidos. Este criminal, después de almorzar con sus invitados, los adormecía con somníferos y luego los descuartizaba y se los iba comiendo poco a poco, cocinando aquellos restos como quien cocina trozos de pollo o verduras. Así trabaja la **Ira**, hermanos.

La **Serenidad** es impasible y no reacciona mecánicamente ante los impulsos internos o externos del Yo. La **Serenidad** es un lago apacible de honda profundidad y nos permite ver las circunstancias –impresiones– en su totalidad y no parcialmente. Basta recordar la forma en que recibió al famoso Alejandro Magno aquel filósofo griego llamado Diógenes. Este filósofo vivía dentro de un barril, y cuando el altanero Alejandro le visitó, le dijo: “Mi nombre es Alejandro el Grande. Pídemelo lo que quieras. Puedo darte cualquier cosa que desees”. Entonces Diógenes respondió: “Lo único que deseo es que te apartes del sol para que sus rayos puedan llegarme”.

La **Serenidad** apacigua a las bestias, por muy feroces que sean. Un buen ejemplo de ello es el mito de Orfeo que con su lira, buscando a su amada Eurídice, se adentró en los bosques y cavernas de la Tierra, y cuando se hallaba ante animales peligrosos, estos últimos se rendían a sus pies cautivados por las melodías que Orfeo arrancaba a su lira. Nadie se resistía a la lira de Orfeo, ni príncipes, ni reyes, y hasta el mismísimo Plutón, en el Hades, se vio obligado a pactar con el artista la liberación de su amada.

La **Ira** en el centro emocional nos hace caer en lo que los psiquiatras llaman “delirios”. En estos casos, la persona poseída por la **Ira** termina desmayándose o lanzando gritos y palabrotas contra todo y contra todos. El iracundo emocional asume diversos colores en su piel a medida que su **Ira** aumenta. También su cuerpo cambia de temperatura a causa de las malévolas energías de la **Ira**. La **Ira** en el centro emocional nos lleva, inclusive, a no poder expresar nuestras palabras en medio del caos. El iracundo, emocionalmente hablando, queda muchas veces tartamudo porque la **Ira** no le deja articular palabras a causa del bloqueo que hace de su sistema nervioso. En los partidos de fútbol mueren infartados muchos fanáticos que no pueden resistir la derrota de su equipo durante la celebración del evento deportivo. Estos imbéciles mueren a causa de la **Ira** que se desata en su centro emocional cuando se identifican con estas emociones inferiores. Y a eso hoy se le llama “deporte rey”... Igual sucede con los festivales artísticos, ya sea de canto popular, de gimnasia artística, de ópera clásica, etc., etc. Muchos se suicidaron en el conocido Festival de San Remo, en Italia, cuando supieron que sus canciones no fueron aclamadas y premiadas por el jurado que las calificaba. Así funciona la **Ira** emocional.

La **Serenidad** nos surte de ideas preclaras ante las adversidades. Cuando estamos arropados por la **Serenidad**, el Ser nos va revelando sus fórmulas para todos nuestros problemas por muy intrincados que estos sean. Saber estar serenos nos abre las puertas de los Misterios en el largo recorrido iniciático que hemos de realizar en nuestra vida. Muchas personas, atrapadas por la **Ira**, llegaron al suicidio sin haberse percatado de que un simple detalle hubiera cambiado totalmente sus vidas de manera positiva minutos antes de su suicidio. Ejemplo: una persona poseída por la **Ira** a causa de haber perdido su empleo, decide lanzarse al vacío desde el balcón de su casa y muere. Minutos después la familia recibe la noticia de que una abuela millonaria tam-



bién ha muerto y le ha dejado casi toda su herencia al suicida... ¡Pero ya es tarde para comunicárselo!

La **Ira** en el centro motor nos convierte en verdaderos animales. En el centro motor la **Ira** puede convertirnos en verdaderas máquinas depredadoras de nuestros semejantes. Recordemos, si no, a los antiguos gladiadores de la antigua Roma. Estos personajes eran expertos en ir matando poco a poco a sus contrincantes en los circos romanos. El gobierno imperial de entonces usaba a estos gladiadores como avanzadilla en las guerras que libraba el Imperio con otras naciones. Los ejércitos de hoy en día tienen lo que ellos llaman “unidades de élite”. Se trata entonces de gentes despiadadas capaces de arrasar pueblos enteros utilizando todo lo que tienen a su alcance, es decir, sus uñas, sus dientes, sus músculos, su cabeza, su puntería, sus artes militares, etc., etc., etc.

La **Serenidad** nos va acercando al Ser de la filosofía, a pesar de todas las tribulaciones a las que seamos sometidos. Recordemos aquí a Job y las orjalías que hubo de aceptar por la mismísima voluntad divina. Job no puso en ningún momento en duda la fuerza de su Dios, y aun en medio de su dolor y tragedia, confió en que ese mismo Dios, en su momento, restauraría sus carnes leprosas, cosa que finalmente ocurrió, según lo atestiguan las Sagradas Escrituras cristiano-hebraicas. Un pasaje antiguo nos dice: “El sabio, refugiado en sus pensamientos, no siente más sus penas porque ha encontrado la **Serenidad**...”.

La **Ira** en el centro instintivo nos convierte en entes ciegos y desprovistos de toda humanidad. El caso más ejemplarizante de esto lo tenemos en los boxeadores y simpatizantes de la lucha libre tan común en estos tiempos precarios. Un famoso boxeador llamado Mike Tyson, no contento con golpear y destrozar a su contrincante a puñetazos, no se resistió al deseo animal de morder a su oponente y le arrancó un trozo de una de sus orejas propinándole un fuerte mordisco. Curiosamente este acto vandálico lo catapultó a la fama desde entonces

hasta nuestros días. Esos son los baluartes sociales de nuestros azarosos años en este Kali-Yuga.

La **Serenidad** va modelando al futuro sabio. En los antiguos Monasterios Tibetanos y en los augustos Templos de Misterios del antiguo Egipto, se rodeaba al neófito de adversidades de diversa categoría durante largos años con el solo propósito de observar sus reacciones. Si ese neófito iba superando, con ayuda de la **Serenidad**, las diversas pruebas a las que iba siendo sometido, entonces los Hierofantes le iban otorgando los diferentes grados que luego culminarían en su Maestría. Durante los primeros siglos del Cristianismo y aun durante la Edad Media, muchos mártires se ganaron su Liberación manteniéndose serenos ante los terribles martirios a los que fueron sometidos. Basta recordar a San Sebastián, San Esteban, Santa Eulalia, San Pedro, San Pablo, San Andrés, Santiago Apóstol, San Juan, etc., etc., etc. Si el oro, queridos hermanos, se prueba en el fuego, las virtudes se prueban en el fragor de las pruebas a las que seremos sometidos una y otra vez por los Arcontes del Destino.

La **Ira** en el centro sexual nos hace partícipes del sadismo y del masoquismo. Estas desviaciones sexuales se están haciendo en nuestros días tan comunes, que a las gentes ya ni les parecen cosas fuera de lugar. Esto es lo que constituye el sueño de la Consciencia. A medida que el ser humano se va degradando a sí mismo, finalmente termina por parecerle normal todo aquello que es anormal y hasta llega a crear argumentos para justificar sus anomalías. Del mismo modo que en los manicomios ningún loco reconoce su locura, igualmente ningún depravado reconocerá su depravación.

En los EE. UU. y en Europa se han conocido y se conocen reyes y reinas del porno. Muchas de estas personas, poseídas por la **Ira** sexual, han terminado sus días a causa de enfermedades venéreas gravísimas o mutilados por su compañero o compañera en un arranque de **Ira** sexual.

La **Serenidad** nos va concediendo el tan ansiado “autocontrol” y sin el auxilio de esta virtud es imposible vencer al monstruo de las mil caras, al Yo, al Ego animal que todos llevamos dentro. El que no sabe dominar sus pasiones no podrá controlar al potro salvaje de su anatomía física y se hará, tarde o temprano, candidato al fracaso en su búsqueda de la sabiduría. Sin la **Serenidad** no se llega al Reino de la Muerte Mística. Sin la **Serenidad** no somos capaces de dar la nota en la Fragua de Vulcano y sin la **Serenidad** no seremos perseverantes en el Sacrificio por la Humanidad, con todo lo cual iremos abandonando el Camino sin darnos cuenta, porque la **SERENIDAD** y la **PACIENCIA** son hermanas y estas dos columnas sostienen el Templo Interior de todo verdadero Hombre.

Pronunciemos ahora con Diderot la siguiente frase: “La cólera perjudica el sosiego de la vida y la salud del cuerpo, ofusca el juicio y ciega la razón”.

Y declaremos con Alonso de Cabrera: “Es costumbre de las personas de grande valor y ser, tener siempre el rostro de un semblante, así en la prosperidad como en la adversidad”.

**IN PERICULIS, CONSTANTIA.**

Ante el peligro, constancia.

---

M.K.K.

**AGEAC**